

de JESUS, se retiraba algun tanto aquella infernal Sirena, aunque sin dejarle proseguir su destino, y procurando entretenerla con razones, cogió la Camandula con que rezaba, y haciendo accion de que se la ponía en las manos, le dijo: *Ea, tome esa Camandula, para que reze por las almas.* Aun bien no havia acabado de pronunciar estas palabras, quando se descubrió la verdad, de que aquel era el Enemigo común, haciendo al desaparecerse además de tirarle à la cara con los papeles que decia ser el despacho, los que al instante se resolvieron en humo. No dejaria el Demonio con su embidiosa malignidad à Justo alguno con honra, si Dios le diera licencia, especialmente à los que en Pulpito, y Confesonario se esmeran en apartar à las almas de sus uñas, y restituir las al redit de Jesu-Christo; pero como el verdadero zelo sabe digerir los bocados mas indigestos, ninguno de sus fantasticos venenos lo indisponne, ni lo inficiona, para que dege de proseguir fuerte, y robusto en sus gloriosas conquistas, coronandose de victorias.

201 Quantas, y quan frequentes fuesen las que consiguió el V. P. con sus Evangelicas tareas, y con la solitud, de que sus Subditos saliesen à Misionar por diferentes Obispados, arreglandose puntualmente à las Bulas Apostolicas, à mas de ser notorio en todo este dilatado Imperio, lo quiso mostrar el Señor en la oracion à una alma de no vulgar virtud, muy favorecida de Dios. Pidiendo esta por este tiempo à la Magestad Divina por la salvacion de los progimos, vió de improviso un Mar muy alborotado, con tempestuosas luchas de inquietas olas, y multitud de gente sobre el agua, que al parecer se veía en grande riesgo de ahogarse. Al mismo tiempo vió un Navio capaz, como señoreado de aquellas sierras de vidrio, y algunas personas, que asomandose à los bordes, tiraban desde la Nave varias sogas, para que se asiesen de ellas los que corrian peligro, y no se fuesen à pique. En efecto, eran muchos los que valiendose de este medio escapaban de sumergirse, y subian para el Navio, el qual, segun la inteligencia, que interior-

men:

mente se dió, significaba à este Colegio Apostolico de la Santissima Cruz; à cuyos Operarios tenia el Señor destinados, para que con las sogas de sus santas instrucciones, y con las redes de su Predicacion fervorosa, librasen à muchos de los que navegan en el proceloso mar de este mundo, de caer en los profundos abysmos de la perdicion eterna. Discurro que para persuadirse el mas Critico à esta piadosa creencia, le bastará el

volver los ojos à los primitivos Varones que tanto ilustraron à este Evangelico Seminario, quedando ya las Vidas de los mas impresas en la primera Parte de la Chronica de los Colegios Observantes de esta America; pero si se hallare algun apasionado, que entre las victorias de estos, y las del V. Padre Margil, concibiese tanta discordancia como entre las de Saúl, y David, creo que no faltará quien se arrime à su opinion.

CAPITULO XIV.

POCO DESPUES DE HAVER CONCLUIDO el Oficio de Guardian de este Colegio el V. P. Fr. Antonio, lo envia la Obediencia à Guatemala. Funda en dicha Ciudad el Colegio de Christo Crucificado: es electo en Guardian, y se prosigue el descubrimiento de su zelo con algunos casos admirables.

Haviendo concluido el Siervo de Dios su Guardianía, quedando succesivamente de Presidente, mientras el nuevo Guardian venía desde los Infieles, y despues de Vicario de este Colegio, que logró la dicha de te-

ner tan buen Prelado por casi quatro años continuos, recibió Obediencia para partirse à Guatemala, à solicitud del Presidente de aquella Audiencia, que se valió del respeto del Excelentissimo Señor Virrey, y del muy Reverendo Padre Comisa-

Q

RIO

rio General, para que este Angel de paz se segase varias discordias, y turbulencias, que se havian originado, por intereses temporales, entre los primeros de aquel Reyno. Con esta ocasion, llevó la Cedula Real, que hacía poco que havia llegado para la Fundacion de aquel Colegio Apostolico; y despidiéndose de los Moradores de Querretaro con general sentimiento, y lagrimas de todos, en el Sermón que predicó el sexto dia del Octavario con que se celebró la Dedicacion del Templo del Convento de nuestro Gran Padre Santo Domingo, por el mes de Abril del año de setecientos y uno, emprendió tan dilatado viage, de cerca de quatrocientas leguas. Siempre fue uno mismo su modo de caminar; y por lo tanto no quiero fastidiar à los Lectores con repetir que transitó este prolongado camino à pie, sin prevencion de viatico, predicando, y confesando por quantos parages pasaba, sembrando un beneficio en cada paso, y en cada accion un egemplo.

Llegó à aquella Ciudad por fines del mes de Mayo, y como era tanta la veneracion con que

todos lo miraban, en breves dias entabló la paz entre las Cabezas, de las quales se difundió à los demás, y quedando los espiritus concordados, quedó sosegado el Reyno. Practicó juntamente las diligencias conducentes para la observancia efectiva de la referida Cedula; y siendo bien admitida, se fabricó una pequeña Iglesia, y una corta habitacion pagiza, y tomando solemne posesion de ella el dia trece de Junio, se le dió el esclarecido titulo del Colegio de Christo Crucificado, y se pasaron à él los pocos Misioneros, que hasta entonces se mantuvieron en el Hospicio del Calvario. Congregóse consiguientemente aquella pequeña Grey para elegir Guardian, y no dudando de su acierto, eligiendo al V. P. Fr. Antonio, fue confirmado por el M. R. P. Provincial de aquella insigne Provincia, como Presidente del Capitulo nombrado por el Superior General. Admitió el Oficio, como verdadero obediente, fiado en la Divina Bondad, que Jesu-Christo sería el Prelado del Colegio, como lo havia experimentado en este de la Santa Cruz con tanta edificacion

cion del Siglo, y crecidas medidas del Claustro. Asi lo expresó el humildisimo Padre, escribiendo à su intimo hermano, y amado hijo el V. P. Fr. Antonio de los Angeles, diciendole lleno de fé y confianza en la Magestad Divina: *Parece que nuestro Señor quiere ser Guardian de acá pues me metieron en la danza de Guardian. La nada nada es, y nada puede: y asi sealo quien puede y todo lo puede.* Como procuraba en todas las cosas la mayor gloria de Dios, y para todo se juzgaba inepto, y tibio, huía en los cargos hasta la sombra de la estimacion; y dejandose en manos del Poder Divino, sin salir del corazon de su nada, lograba los mas lucidos aciertos. En este asunto fue siempre tan singular su humilde discrecion que si con la ocurrencia de haverse de celebrar algun Capitulo le pedian algunos dictamen para votar, su respuesta era tan alta, y tan sentenciosa, como propia de un espiritu tan reconocido de lo que es la miseria humana, que solo sabía decir: *Hagamos un Guardian, que dege gobernar à JESUS.*

Fue maravilla lo que en bre-

ves dias creció el nuevo Colegio en fama, egemplos, zelo, virtud, y doctrina, como tambien en la fábrica material, por las muchas limosnas, que para este fin daban aquellos animos generosos. Pero muriendo à breve tiempo el Sindico Don Juan de Longarica, dejó todo su caudal para este efecto, rubricando su magnificencia, y devocion, en las piedras de aquella famosa Iglesia, y utilissimo Seminario. Aplicóse con nuevo fervor à consolar encarcelados, à asistir à los moribundos, à remediar los escandalos, à dirigir almas de todos estados, y profesiones en los Confesonarios, y à corregir abusos, y delitos en los Pulpitos, predicando frecuentemente en los Templos, Plazas, Carceles, Aldeas, Villages, y Pueblos. Desvelabase para adelantarse à las personas bien inclinadas, sin perdonar fatiga, penalidad, ni sonrojo, para aliviar del peso de sus enormidades à las almas divertidas, viciosas, y relajadas. Haviendo predicado tres horas en la noche del Nacimiento de Christo en la Plaza de Guatemala, como lo acostumbraba annualmente, para impe-

dir los desordenes, que en un dia tan solemne suelen embarazar la consideracion de Mysterio tan inefable; y acabandose el Sermon à las once, se averiguó que à las quatro de la mañana se hallaba ya predicando en el Pueblo de Escuinta, distante diez leguas de la referida Ciudad. No hallo monumento para asegurar, si tan dilatado tránsito en cinco horas fue algun milagroso buelo, ò velóz egercicio de sus pasos; pero de qualquier modo es suceso extraordinario, y fuera mas admirable, à no ser en este Varon tan comunes estos casos.

Yá dexo dicho en lo antecedente los grandes elogios con que fue acreditada su predicacion en quantas partes lograron la felicidad de oírle: en cuya atencion, por no multiplicar noticias casi identicas, omitiré añadir con particular expresion los que le dieron en aquel Reyno los Sujetos de primera categoría, y pericia. Por manera, que no acababan de ponderar la agudeza, y solidèz, con que siempre deducía los asumptos, asi Morales, como Panegyricos de aquellas palabras del Apostol:

Nosotros predicamos à Christo crucificado; teniendo todos por especial Dón del Cielo lo terminante de las pruebas, la fecundidad de conceptos, la abundancia de moralidades, y la oportuna aplicacion de los textos. Asi lo dió tambien à entender el mismo V. P. à una Persona de conocida virtud, con quien tenia comunicacion familiar, en ocasion que le encomendaron uno de los tres Sermones, con que se celebró la Dedicacion de la Iglesia de N. S. P. S. Francisco, por el Septiembre del año de setecientos y dos. Procuró el Siervo de Dios hacer algunos apuntes para cumplir con su empeño; pero à tiempo de desempeñar el encargo, fue poco ò nada lo que le sirvió esta diligencia, segun su misma confesion, que se refiere en el Sermon de sus honras, predicado en dicha Ciudad, con las siguientes palabras: Embio mi Amo dos Coros de Angeles, que me llevasen de el Colegio, y N. P. S. Francisco me iba guiando. Habiendo subido al Pulpito, me hallè sin un discurso de Fr. Antonio, y predicò mi Amo à su gusto y como suele: Y Fr. Antonio no sirvió mas que de Sastre, que con

sus tigeritas les fue cortando la vanidad à todos. Conspira à este mismo asunto lo que respondió en cierta ocasion à una Prelada de un Monasterio, que le encomendó un Sermon en su propia Iglesia: No te dè cuidado hija, que aunque Fr. Antonio quiera predicar, no lo deja su Amo, porque les predica en Fr. Antonio. Por el tono de la respuesta se colige facilmente, que le haría alguna súplica de que en el Sermon no sonasen estruendos de la Justicia Divina, para que las Religiosas no quedasen con espantos, ò con melindres. No quiero pasar en silencio, por aludir al propio intento, lo que me contó un Religioso anciano, y de conocido nombre, que acompañó al V. P. al Pulpito algunas vezes, en todas las quales observó, que antes de comenzar el Sermon decia algunas palabras con voz baja cruzadas las manos, y arrodillado. Despertó con esto la atenta curiosidad del Compañero, y procurando ver con cautela si podia percibir lo que hablaba, entendió con claridad, que le decia una, y otra vez à la Magestad Divina aquellas palabras de Samuel: Hablad

Señor, que vuestro Siervo oye. Antes de predicar se hacía oyente de Dios, y por lo mismo lo escuchaban los oyentes, como à Oraculo Divino.

Predicando un Sermon de empeño con el motivo de la nueva eleccion de Alcaldes de aquella Nobilissima Ciudad, se olvidó repentinamente de todo quanto su estudio havia prevenido para aquel lance. Confesó con humildad su flaqueza, y recurriendo al Señor con oracion muy breve, se halló tan fecundo de noticias, que dexó à todo el Auditorio asombrado. Hizo especial reparo en que los electos eran mozos, y por lo mismo apoyó la eleccion como poco premeditada para extirpar de la Republica los escandalos, y gobernarla con christiana entereza, con lo que al tercer Capitulo de Isaías amenaza la Divina Magestad à Jerusalén, diciendo, que quitaría los Varones provectos, y entregaría à los Jovenes afeminados el mando, y gobierno. Volteó de improviso la hoja con prudente magisterio, y haciendo recuerdo de Daniél, Juez integerrimo, y de Josef, Virrey de Egipto, con otros, que con tener pocos años

celebra la Sagrada Escritura los aciertos de su justicia, concluyó, que los mozos eran mas à proposito para los referidos empleos, pues por robustos, sanos, y fuertes, podian atender mejor à zelar las perjudiciosas libertades, viciosas disoluciones, y relajaciones escandalosas. Con esto comenzó de nuevo à esforzar su proposicion con razones politicas, y morales, que aseguraban el mas cabal desempeño de los nuevos Jueces, dejandolos tan enseñados, y enardecidos en santo zelo, que teniendo sabidos de antemano algunos procederes públicos, en perjuicio del buen ejemplo, de mugeres que eran el tropiezo de varios, no fueron à comer à sus casas sin dejarlas antes en el Recogimiento hecho para este fin, transportandolas en sus mismos coches. Con esta diligencia zelosa, y justa, producida de la industriosa eficacia del Siervo de Dios, algunas de ellas tomaron el estado del Matrimonio, para no reincidir en el torpetrato, y la Ciudad quedó preservada de tan pública contagiosa peste, con la vigilancia de los Alcaldes Jovenes, que gran-gearon para sí mucho credi-

to, y para Dios mucha gloria. Fue tambien muy singular el fruto que por este tiempo logró su zelo en dos almas, que se havian entregado al libertinage de sus lascivas pasiones. Cayó el noble Galan en la cuenta de sus impuros deslices, y haviendo hecho una confesion general con el V. P. Fr. Antonio, él mismo se desterró voluntariamente à otro Reyno, conociendo con la luz de su santa persuasiva, que la fuga era el medio mas à proposito, para asegurar la victoria. Sintióse la manceba, que tambien era de calidad, de esta ausencia; y no hallando otro modo para tomar venganza de su imaginado agrávio, discurrió, sugerida del Demonio, enredar entre los lazos de su obsenidad al Cazador Evangelico. Buscó ocasion para este deprabado fin, y para mas asegurar su impuro tiro, desde luego enderezó à su invencible pureza la flecha de una sollicitacion manifiesta. Pasmóse el Siervo de Dios al oír tan irreverente propuesta, y manteniendose sin mancha de su candor, como armíño en medio del cieno, apagó en aquel corazon de Asmodéo el fuego de la

la concupiscencia, convenciendo à la muger mal disciplinada, con tan religiosas exortaciones, y razones tan poderosas, que convirtiendose su descaro en llanto, hizo con el mismo V. P. una confesion llorosa, dando muestras en lo restante de sus dias de haver sido su conversion verdadera, con una penitentissima vida, que clausuló con feliz muerte.

No fue menor la fortuna que logró otra muger, que vivia amancebada con otro Caballero, y tenía por fruto de su incontinencia dos hijos. Manteniala con la decencia que pudiera gastar una Princesa: bastante soborno para que no desistiese de su correspondencia torpe. Oyó por su dicha esta pecadora un Sermon del V. P. y herida de compuncion interior, confesó, que le hablaba tan al alma, como si à ella sola dirigiese el Predicador sus palabras, haciendole una clara anotomia de quanto pasaba en sus dentros. Resolvióse al punto à borrar el lunar feo de sus deslices, arrojando, qual otra Magdalena, toda su pompa fantastica. Renunció todo quanto su correspondiente le daba, y podía darle, y comen-

zó à pedir limosna, y à trabajar en oficios humildes para mantener su vida con la mendiguéz, y con el sudor de su rostro. Visitó un habito penitente de nuestro Serafico Padre San Francisco, y con los pies enteramente desnudos, sin que peligrase el recato, borró sus pasados tropiezos con singulares exemplos. Así triunfaban las Apostolicas invectivas de su predicacion fervorosa, dando sin interrupcion almas à Christo, no solo por medio de sus tareas personales, sino tambien por medio de las ajenas, como puede al parecer colegirse de las siguientes noticias.

Haviendo de predicar un Sermon Moral de mucho concurso un Sacerdote Jesuita, le faltó tiempo para coordinar las especies à su gusto. Eran muchos los penitentes que con ocasion del Jubiléo, acudian à confesarse; y vacilando si el poco tiempo que le quedaba lo emplearía en componer su Sermon, ó en aplicarse al Confesionario, se resolvió à lo segundo, fiado en que Dios nuestro Señor le ayudaría, para el desempeño del Pulpito, sin comunicar con per-

sona alguna nada de lo que en su interior pasaba. Llegó, por fin, la hora de predicar, y en el Sermon, à que asistió el V. P. Margil, diciendo antes, que iba à aprender à predicar Moral, experimentó el Orador en medio de su timidez tal fervor, desembarazo, y afluencia de palabras, que con tener aun poca práctica en este Sagrado Exercicio, hasta los mas versados en él se persuadieron à que havia gastado mucho tiempo, y havia puesto mucho cuidado para quedar tan desempeñado, y lucido. Fue à darle el parabien el V. P. Antonio, y desde luego expresó su júbilo con esta misteriosa expresión: *En fiandose de Dios, y en aplicandose al Confesionario, Dios ayuda.* Quedóse admirado el Predicador, conociendo que el P. Fr. Antonio estaba noticioso de lo que le havia pasado, siendo así, que solo podía con luz superior saberlo. Pero con el discurso del tiempo, y con la comunicacion que tuvo siempre con el V. P. aun hizo mayor concepto, porque en quantos Sermones Morales predicaba delante de Fr. Antonio, experimentaba la misma persuasiva,

y fervor, de lo qual tenia por cierto que este Apostolico Varon, no solo predicaba por sí mismo, sino tambien por medio de los Predicadores que oía, alcanzandoles eficacia del Señor con sus oraciones. Y aun se persuadía, por lo que le dictaba la experiencia, à que quando no asistía corporalmente à los Sermones Morales, ò asistía en el espiritu, ò tenia luz de ellos, como lo comprueba el siguiente caso.

Despues de haver predicado el mismo Sacerdote en cierta tarde una Platica Moral, cuya materia, y asunto eligió por sí, sin comunicarlo à nadie, fue à darle el parabien el V. P. Antonio, acompañado del muy egemplar Varon el P. Fr. Thomás de Arrivillaga, y en las mismas voces con que expresaba su contento, le daba razon del asunto. Causóle novedad al Orador, y llamando al P. Fr. Thomás aparte, le preguntó ¿si havian oído la Platica? Y respondiendole, que no havian oído ni una sola palabra, y que aun venian en distancia de tres quadras, quando se havia concluido. Repreguntó ¿si alguno les ha-

havia dado noticia del asunto? Respondióle tambien, que no, y que en efecto él se hallaba del todo ignorante de lo que se havia predicado. ¿Pues de donde sabe el P. Fr. Antonio (le preguntó el Predicador por ultimo) que yo prediqué de esta materia? Esas son cosas de Fr. Antonio (respondió por conclusion dicho Compañero) como à quien no hacía novedad alguna, que conociese lo distante, y penetrase lo oculto, por ser en él cosa ordinaria. Enfasis, que se hace mas recomendable, haviendolo proferido un Sugeto de tan notoria virtud, que no solo fue venerado como hombre de gran santidad en vida, sino que despues de muerto se le hicieron sumptuosas honras en la Cathedral de Guatemala, con asistencia del Presidente, Obispo, Audiencia, y ambos Cabildos, y se refirieron en un erudito Sermon sus grandes virtudes para el egemplo.

Hallandose el mismo Jesuita en el ministerio de las Misiones, una noche, à tiempo de despertar, oyó una Sentencia de la Sagrada Escritura, con tanta

claridad como si se la digieran al oído, y tan adecuada à lo que necesitaba su espiritu, que por el efecto que causó en su alma, se persuadió à que era de Dios. Pasaron algunos dias, y reflexionando, que el caso le havia sucedido semidormido, comenzó à dudar, y aun à inclinarse à que sería alguna contingente representacion de la fantasía. Por este tiempo pasó por aquel País el V. P. Fr. Antonio, y estraviando algo el camino, fue à ver à dicho Padre Misionero, y al abrazarle, le dijo al pie de la letra la misma Sentencia Sagrada, que havia percibido al tiempo de desperantar, y tan à proposito para aumentar su fervor: siendo así, que ni el Texto era de los ocurrentes que se suelen predicar, ni para decirlo concurría por entonces mas motivo, que hablarle al alma à aquel Ministro, para sosegar sus dudas, ni para ir al Pueblo en que se hallaba ocurría mas fundamento, que solo verle, y serenar su turbacion. El Sacerdote que así lo declara, afirma tener en todos los tres referidos casos la evidencia, y certidumbre que se

requiere para poderlo jurar. Y yo quedo muy satisfecho de escribirlos con Testimonio tan fidedigno, y de primera excepcion, como es el Reverendissimo P. Maestro Francisco Xa-

vier Solchaga, de la misma Compania, cuyas virtudes, literatura, y bellas prendas, à mas de ser tan notorias, corren impresas para la edificacion común.

CAPITULO XV.

SALE, SIENDO GUARDIAN, A MISIONES entre Fieles, y descubre infames Sectas de Indios Brujos. Destierra las brugerías, y varias supersticiones, y se refiere la permanencia del fruto de su predicacion, con otras singulares noticias.

A Penas tenia el V. P. Fr. Antonio los Compañeros suficientes para la regularidad de su Colegio, quando supliendo la caridad la cordedad de Operarios, animando continuamente à sus Subditos, para hacerlo todo entre pocos, salió para la Provincia de Nicaragua, distante de Guatemala doscientas leguas, à predicar à Christo Crucificado, y à procurar la salvacion de las almas. Llegó à la Ciudad de Leon à los fines de Mayo de setecientos y tres; y habiendo conferido en aquella

Capital con los Superiores los designios de su Predicacion Apóstolica, partió hollando atolladeros, y pantanos, para el Pueblo de Telica, y despues de haverlo fecundado con el rocío del Cielo, se encaminó al Partido de Sevaco. Luego que tuvieron noticia sus moradores de que el Siervo de Dios iba llegando, salieron à recibirle, y media legua antes de la Poblacion lo encontraron, que venia como un Apostol, faldas en cinta, enlodado hasta la rodilla, colgada la calavera del Cordon, abrazado con el Santo Christo,

y cantando el Alabado, con quatro Indios, y dos Mulatos que le seguian, de las Haciendas, y Estancias por donde havia pasado predicando, y confesando, haciendo algunos circulos, y rodéos en aquellas veinte y quatro leguas de distancia, por las crecientes de los Rios, que à causa de las lluvias son furiosas en dicho tiempo. Entró con toda la Comitiva, como à las cinco de la tarde, en la Iglesia, y despues de haver rezado el Rosario, y otras santas devociones, dió principio à su Mision. Hallabase el Corregidor en el Auditorio, y à tiempo que el Siervo de Dios predicaba, franqueando à todos los tesoros de la Misericordia Divina, comenzó à luchar con una tentacion interior, de que las Misiones, que se havian de hacer en el distrito de su gobierno, tal vez le minorarian sus intereses. Ardíd sin duda del Diablo, para pegar demasiado el corazon de aquel Christiano Juez à las conveniencias del Mundo, y embarazar por este medio los gloriosos triunfos del Cielo, que estaban tan próximos à conseguirse por medio

de la Divina Palabra. Pero estando à la misma declaracion de este Catholico Caballero, dió luz el Señor al bendito Misionero de la tentacion, que el Corregidor padecia interiormente, y afrontandose con él à la mitad del Sermon, le dijo con alentado espiritu: *Señor Corregidor, la vara de la Justicia ha de auxiliar à la de la Mision: y si no, vendrá el castigo del Cielo. Pierdase todo, que primero es Dios.*

No fue poca la turbacion del Juez, viendo su interior descubierta, y respondiendo, que estaba pronto à dar el auxilio necesario, prosiguió el Padre Antonio su Sermon; y al bajar del Pulpito le dió un abrazo, repitiendole las mismas palabras, à que correspondió el Corregidor ratificando su oferta, prometiendo mirar por la honra de Dios, hasta perder, si necesario fuese, en esta empresa la vida. No tardó mucho en manifestarse el fin de la prevencion referida, pues à pocos dias que se estaba la Mision haciendo, comenzó à vomitar el Infierno abominaciones, descubriendose tanta multitud de